

de la señorita Berard, las resistencias que se le oponían, debían seducir á aquella naturaleza ardiente, siempre en busca de obstáculos que sobrepajar, de dificultades que vencer.

Ávida de emociones, y no encontrándolas ya en sus lejanas escursiones en alta mar, hallábase dispuesta á buscar nuevos peligros y á echarse, de cabeza, en alguna palestra magna donde al fin su corazón tomase parte en el juego.

La emoción causada por la muerte supuesta de la señorita Diana, no podía ejercer tanto influjo en los habitantes del Pouliguen, que les hiciese renunciar á su comida.

Una linda mujer, aun cuando no interese directamente al corazón ¿no puede ser llorada, á pedir de boca, ante una mesa bien servida?

Cada cual había ido regresando paulatinamente á su *villa* ó á su hotel, y la *resucitada* encontró la playa desierta.

El rumor de su regreso difundióse discretamente por toda la población.

Los jóvenes bebieron, en señal de alegría, una copa de más.

El gacetillero del lugar rasgó, no sin cierto despecho, el artículo necrológico que acababa de componer y que estaba destinado á *L' Union bretonne*.

Y la mujer del capitán de carabineros, siempre benévola, no pudo impedirse exclamar: «¡no causa poco ruido la tal! ¡no satisfecha con morir, cata ahí que resucita!»

Uno solo en el Pouliguen, el señor de Sery, estuvo á punto de desmayarse cuando fueron á anunciarle la llegada de la ingrata á quien amaba con esa terquedad característica de los enfermos y de los viejos.

Despidióse en la playa, de sus dos compañeros, la señorita Berard, y regresó á toda prisa á su morada.

Desvignes encaminóse volando á su chalet desde donde su mujer y sus hijos, muertos de hambre, le hacían angustiosos signos.

Y Luciano púsose á buscar á su madre, en demasía olvidada desde hacía algunas horas.

No tardó en encontrarla paseando por el muelle, y siempre acompañada de la señorita María de Rioux y de su tío.

— ¡Por fin, llegaste! exclamó la señora d'Aubier. Muy inquieta me hubiera tenido tu ausencia ¿sabes? si no me hubiesen dicho que te habían visto alejar con el señor Desvignes ¿te habrá llevado muy lejos?

Luciano no temió dar minuciosos detalles sobre su escursión.

Cuando María supo que Diana vivía todavía, no pudo disimular su gozo:

— ¡Oh! ¡qué dicha! exclamó ¡esa desgracia me tenía toda trastornada!... sentíame triste, triste á no poder más... Solo conozco á la señorita Berard por haberla visto algunas veces en las calles de Nantes y aquí en la playa; pero ¡es tan linda, tan bella, tan graciosa!... ¡oh! ¡Dios mío! hubiera sido una desgracia atroz... morir, á su edad, de tan triste manera... Por fortuna, se ha salvado... ¡ah!... al fin respiro mejor... al fin renazco..!

Luciano, en tanto que la señorita de Rioux manifestaba su gozo, la contemplaba y la encontraba encantadora.

Las gracias nacientes de esta joven, su adorable ingenuidad, su sencillez en todo, su bueno y dulce mirar, la castidad de sus maneras, su incontestable belleza no habían producido, hasta entonces, impresión alguna en el alma del joven magistrado.

Algunos elogios dedicados á la señorita Berard acababan de subyugarle, y actualmente sentíase dispuesto á inclinarse ante las eminentes cualidades de la protegida de su madre.

— ¡Y bien! dijo la señora d'Aubier á su hijo ¿qué has resuelto, durante tu paseo? ¿nos quedamos aquí, ó partimos para el Croisic?

— ¡Cómo, el Croisic! exclamó Luciano, á quien ahora este nombre espeluznaba. ¡No habíamos convenido...

—Nada convinimos. Tú me has dicho sencillamente que buscara, en un momento en que, confiésalo, creías que no encontraría.

—Y qué, madre mia, encontrasteis por fin?

—Sí, pero no he querido comprometerme antes de oír tu opinion.

—Dispuesto estoy á dároslo, pero de antemano os digo que será conforme con la vuestra.

La señora d'Aubier, su hijo y sus amigos se dirijieron hácia la casita que tenían en frente.

Está sita á dos minutos de la playa, ante un lindísimo bosquecillo de abetos, que preserva, á la vez, de los rayos demasiado ardientes del sol y de los vientos del Oeste.

Es desahogada, cómoda, de una limpieza escepcional en tales sitios, y pertenece á una parisiense, mujer de talento y mujer del mundo, de la que hay provecho físico y moral en ser inquilino.

No era menester tanto para seducir á Luciano.

Hallábase en una disposicion de espíritu á contentarse, para permanecer en el Pouliguen, con un cuartucho en una choza; y ofrecíanle una habitacion agradable.

¡Cómo no aceptarla!

Así lo hizo y ocupóse acto seguido en ordenar que trasportaran allá sus equipajes.

Dada cima á estos preliminares, madre é hijo reunieronse de nuevo á sus amigos, cuya cortés invitacion á comer no habian podido rehusar.

La señorita Maria hizo los honores de la casa de su tío, con una gracia y una alegría esquisitas.

La presencia de un hombre jóven, amable, en su morada algo triste, la infundia sin duda jovial humor.

Recordando tambien que Luciano habia comenzado por manifestar cierto pesar de pasar en el Pouliguen su mes de

vacaciones, felicitábase en la actualidad de verle satisfecho de vivir allí, y, en su amorcillo propio de niña, atribuíase todo el mérito de haber modificado tan pronto las ideas de su huésped.

Tal vez conocia, por el señor de Rioux, ó habia adivinado los proyectos de porvenir formados por la señora d'Aubier, y los acariciaba en secreto.

La conversacion, mas de una vez, durante la comida, versó sobre la señorita Berard, á la que sus aventuras de aquel dia, su muerte y su resurreccion ponian en evidencia.

La señora d'Aubier, cuya severidad de principios no podia avenirse con ciertas escentricidades, censuró ágricamente la conducta de aquella soltera que recorria de tal suerte los mares, sin respeto al qué dirán, y pareciendo complacerse en llamar la atencion.

—Tal es mi mismísima opinion, dijo el ex-presidente y no es hoy el primer dia en que juzgo como vos á la señorita de que hablamos. Sus modales ofenden á las gentes honradas y desde há largo tiempo tengo prohibida á mi sobrina toda relacion, ni siquiera lejana, con la señorita en cuestion.

Luciano no tomó la defensa de la señorita Berard, sea porque compartiese la opinion que acaba de emitirse, sea porque creyese inútil combatirla.

No podia esperar convertir á ideas nuevas y tolerantes á un antiguo magistrado de provincia, encanecido en el respeto á todas las sanas tradiciones.

Y, por lo que á su madre toca, conocíala de larga fecha por una alma clara, recta, fuerte, incapaz de renegar de sus primeras impresiones y de hacer concesiones cuando se trataba de conveniencias sociales, de regla de conducta, de honor ó de probidad.

Teniendo los recién llegados necesidad de reposo, la velada dió fin temprano.

Despidiéronse de sus huéspedes, y encamináronse á su nueva habitacion.

La señora de Aubier soñó que su hijo estaba locamente enamorado de la señorita Maria de Rioux y que le casaba con ella.

A haber seguido Luciano la primera inspiracion que le impelia á fijarse en el Croisic, los recuerdos de este dia pasado en el Pouliguen pronto se hubieran borrado de su memoria.

A la mañana siguiente, al despertar, su corta embriaguez habíase desvanecido, y su razon habia triunfado de la sorpresa hecha á su imaginacion y á sus sentidos.

Actualmente juzgaba á la señorita Berard, como debia serlo.

Bajo el punto de vista físico, solo alabanzas tenia que prodigarle, y no sin cierta emocion recordaba el relato de Desvignes y el momento en que, bajando á la playa, para tomar su baño, la habia visto por vez primera.

Pero, en cambio, reconocia en ella defectos á propósito para alejar de sí á todo hombre formal: la estravagancia de sus maneras, su conversacion por demás escéntrica, su independencia de carácter y cierta sequedad de corazon fácil de adivinar.

No desconocia tampoco que la señorita Berard no podia tener esa virginidad de pensamiento, tan deseable en una soltera.

Educada en uno de los colegios de París, mal dirigida, y habiendo, á los diez y ocho años, recorrido mucho mundo con un padre absorbido por ideas locas, debia saberlo todo, ó todo adivinarlo, y padecer por esta ciencia hasta entonces inútil.

¿Podia soñar, Luciano, en hacer su mujer de una persona tal?

Seguramente que no.

Sin hablar de la cuestion de dinero, siempre importante en provincia, un magistrado, al principio de su carrera, desea, á falta de fortuna, encontrar en su mujer cualidades sólidas y esos lazos de familia, esas grandes relaciones que, un dia, pue-

den servir para alcanzar mas alto puesto; especialmente debe prohibirse todo enlace tachado de irregularidad moral.

Pero, á falta de matrimonio ¿le estaba permitido entrever una intriga amorosa, unas relaciones transitorias?

Mucho menos todavía.

Su posicion, su educacion, sus principios, se oponian á ello.

Si la señorita Berard hubiese sido viuda ó casada, y ya un tantillo comprometida, si él mismo hubiese ocupado un alto sitio en el Tribunal, si formara parte de la magistratura sentada, es decir, inamovible, tal vez se hubiera permitido tímidamente una escapatoria de este género.

Pero una soltera! ¡qué escándalo!

Y cuando se es simple sustituto ¡qué locura!

Así razonaba Luciano, y como se ve, habia vuelto á recobrar toda su sangre fria, toda su calma habitual.

Sin embargo; á ciertas horas, cuando se paseaba solitario por el bosque sito frente á su casa, cuando las aves se perseguian amorosas de árbol en árbol, cuando los insectos susurraban en los caminales, cuando el sol poniente le inundaba con sus rayos, cuando la brisa del mar le traia acres y vivificantes perfumes, entonces le acontecia estremecerse al recuerdo de la señorita Berard.

Decíase:

«Con una mujer como esa, me resarciria del tiempo perdido; del tiempo consagrado al trabajo y rehusado al amor; junto á ella viviria, no solo el presente, sino el pasado que no he vivido, y veria volver á mí, á alas desplegadas, mi juventud que tanto tiempo há voló.»

Pero ¿en qué pensaba?

¿Habia bastado la narracion de Desvignes, un baño, un paseo, una hora de conversacion para conmoverlo y seducirlo en tal grado?

¿Á qué ir á buscar tan lejos la ventura, la juventud y el

amor, cuando los tenia junto á sí, al alcance de su mano, casi bajo su techo?

¿No era la señorita María de Rioux encantadora, mas jóven y mas seductora por mil conceptos, que la señorita Berard?

¡Qué dulzura en su mirar!

¡Qué alma benévola!

¡Qué ingénua gracia!

¡Qué adorable inocencia!

Gozo daba el verla despertar á la vida.

Parecíase á una bella mañana de primavera.

¿No era fácil leer en sus ojos que estaba pronta á obedecer á los secretos deseos de su tío y de la madre de Luciano?

¡Cuán dulce prometía ser la existencia á su lado!

¡Qué lindas vacaciones podria él pasar!

¡Qué placer el de estudiar aquel alma apenas abierta, el de amoldar á su guisa aquel carácter apenas bosquejado, el de enseñorearse insensiblemente de aquel buen corazoncito que ya aprendia á latir por él!

Y ¡cuán á propósito era ella la mujer que le convenia!

¡Nacida de una familia de magistrados, como la suya, sobrina de uno de los hombres mas estimados en la magistratura de provincia; admirablemente educada, instruida y sabiendo ya hacer los honores de un salon!

¿Cómo, pues, vacilar entre ella y Diana Berard?

En aquel momento, Luciano no vacilaba.

María de Rioux obtenia todas sus preferencias.

Empero, á cada paso que fuese á dar por las angostas calles del Pouliguen, por sus muelles estrechos, por su playa de doscientos metros apenas, debia encontrarse en continuo contacto con la señorita Berard.

¿Resistiria á todas las seducciones que emanaban de tan escéntrica jóven?

¿Su razon continuaria dominando á su imaginacion, como en aquel momento la dominaba?

¡Y aun, si solo se tratara de verla á lo lejos y de encontrarla, por azar, á raros intervalos!

Pero, por poco, por muy poco que frecuentase la sociedad del Pouliguen, debia irremediamente tropezar con la bella Diana Berard á cada hora del dia; debia, por así decirlo, vivir su propia vida.

No todas las madres de familia, residentes en el Pouliguen, eran tan absolutas en sus juicios como el anciano presidente de Rioux.

No creian que fuese peligrosa para sus hijas la sociedad de la señorita Berard.

Y por lo tanto, no pensaban en prohibírsela.

Sus baños atrevidos.

Su escentricidad de traje y de conversacion escandalizaban á algunas, asustaban á otras, embarazaban, sobre todo, los hábitos provincianos de las mas.

Empero, no habiendo nada de reprehensible en la conducta de la señorita Diana, no habia por qué tomar contra ella medidas de severidad y de rigor.

La señora Desvignes, por otra parte, la cual figuraba entre las de mas alto copete en la playa, protegía abiertamente á aquella jóven.

Nacida y educada en París, su manera de pensar y de obrar era, en todo, mucho mas acomodaticia que la de las mas des- preocupadas Nantesis.

Las maneras de la señorita Berard no podian estrañarle, y por lo tanto la admitia sin reserva en su intimidad.

¿Por ventura no acariciaba el pensamiento secreto de casarla con el señor de Sery, un antiguo amigo de su familia, cuyo constante y acendrado amor habia acabado, al fin, por interesarle vivamente?

Mundana como pocas, un tanto lijera de cascos, en vez de considerar en el matrimonio la union de dos corazones, solo veia la asociacion de dos intereses.

La señorita Berard carecia de fortuna, y le ofrecian una fortuna considerable.

No tenia posicion social perfectamente deslindada, y le daban un título y un nombre respetado.

Esto era mas que suficiente para la señora Desvignes.

Habiase jurado triunfar de todas las resistencias, y para lograrlo buscaba la sociedad de Diana, la cual tomaba, de esta suerte, parte en todas las fiestas, en todas las partidas de placer organizadas en el Pouliguen á instigacion de su protectora.

Por la mañana ó por la tarde, á la hora de la marea, encontraba Luciano en la playa á la señorita Berard.

Cuando tomaba su leccion de natacion, nadaba ella á algunos pasos de él, y antes de alejarse mar adentro, en virtud del convenio estipulado entre los dos, dirijiale ella, á través de las ondas, consejos ó palabras de ánimo.

Sentado en la arena, en compañía de Desvignes ó de Closel, sucediale tambien á veces seguirla con la vista en el momento en que salia del baño.

Su traje, entonces, impregnado de agua de mar, adheriase á su cuerpo, y modelaba perfectamente sus pronunciados y encantadores contornos.

Al sol, la blanca franela coloreábase de rosados matices, y con auxilio de la imaginacion, podia tomársela por carne viva y verla palpitar.

Si durante el dia hacia Luciano, en compañía de algunos amigos, una excursion á la costa grande, tenia la seguridad de encontrar á la señorita Diana sentada en las *Roches plates*, ante el pedrusco del *Lion*, ó en la colinita, antaño polvorin, que dominaba toda la bahía, los méganos de Escoublac, la desembocadura del Loire, Guerande, el Croisic y el villorio de Batz.

Esta costa grande borda el Océano durante varias leguas de estension, y entusiasmo á los turistas.

Las rocas que la cubren son del mas grandioso y pintoresco efecto.

Revisten formas estrañísimas.

Aquí, hacinadas unas sobre otras;

Allí, aisladas y gigantescas.

Ora es una inmensa mole de granito, que la imprudente ola, á pesar de sus terribles esfuerzos no consigue derribar.

Ora, al contrario, vese una titánica aguja en torno á la cual las ondas borbotan sin cesar, cubriéndola con su blancuzca espuma, decentándola cada dia con su eterna mordedura.

La mar, irritada por los obstáculos que estas rocas le ofrecen, las asedia continuamente, las hiere con violencia, las cubre, las desborda, y se engolfa con estentórea voz de trueno en sus profundas grietas.

La señorita Berard, cuando no estaba en la playa, ó en el mar, complaciase pasando horas tras horas en médio de aquella naturaleza salvaje.

Nada mas curioso y conmovedor á la vez que verla descender á anchas grutas donde únicamente algunos, muy contados, habitantes del país osaban aventurarse; saltar de una á otra roca y dejarse deslizar á lo largo de un acantilado abrupto.

Para esta clase de ejercicios calzaba largos botines de ante y sin tacon.

Ninguna importuna enagua estorbaba su marcha.

Cubria su cabeza una de esas tocas llamadas sombrero de marinero.

Y llevaba constantemente en la mano un baston de montaña, de férrea contera.

Luciano la encontraba encantadora así, y no podia separar de ella los ojos.

A menudo, regresaban juntos, precedidos ó seguidos de los paseantes que les acompañaban en su escursion.

Recorrian, uno al lado de otro, á campo atravesado, estrechos senderos donde, los accidentes del terreno los hacian tocarse por instantes.

Luciano, entonces, sentíase estremecer, y se alejaba instintivamente de su compañera, para volver á reunirse con ella un segundo despues.

Diana, por su parte, sonreía mirándole á hurtadillas, y silenciosa, continuaba tranquilamente su marcha.

La velada volvía á reunirles tambien á orillas del mar.

El Pouliguen no tiene Casino, y en los meses de julio y de agosto la playa es, al anochecer, el único punto de reunion.

Unos, siéntanse á la redonda en la arena.

Otros, se arriman de espaldas contra la pared de una barraca, ó contra la empalizada de un chalet y, hablando de mil cosas indiferentes, repósanse del baño y del paseo, contemplan las ondulaciones del líquido elemento, y se preparan para dormir.

A veces, el azar les colocaba á él junto á ella, en la misma escavacion, apoyados contra la misma barraca, y al cerrar la noche, los largos cabellos de Diana, agitados por la brisa, venían á rozar el rostro de Luciano.

Así pues, á cada hora del dia, ella se encontraba mezclada en la existencia de él.

¿La amaba este?

No era probable.

Si hubiese creído amarla, habria tenido el valor de huir de ella, porque en la actualidad todavía la razon era en él lo mas dominante.

Pero su vista, su recuerdo le causaban una emocion de la que hubiera debido desconfiar.

Cuando pensaba en ella, no eran sus cualidades morales, su

amabilidad, su talento, lo que él evocaba, sino sus rasgos, su talle, todo cuanto podia ver, ó adivinar podia.

Diana Berard aparecíasele raras veces.

*La mujer de fuego* se le ofrecía sin cesar.

La narracion de Desvignes, el baño fosforescente acudían á cada momento á su recuerdo, y sufría gravemente á la idea de que otros habian contemplado tesoros que sin duda no le seria dado ver jamás.

Aun, si el velo que la ocultaba á sus miradas no se hubiese jamás levantado, tal vez hubiera él acabado por resignarse.

Pero en dos diferentes ocasiones, una punta del tal velo se alzó, y estas semi-confidencias aguijonearon su curiosidad, inflamando de una manera peligrosa su ya sobrecitada imaginacion.

Habiendo las jóvenes solteras, á quienes la señora Desvignes se placía en reunir en torno á sí, suplicado á esta varias veces que las permitiese bailar en su chalet, el mayor chalet de la playa, accedió por fin á darlas gusto, y distribuyó invitaciones por todo el Pouliguen.

Quedó convenido que esta soirée, bruscamente improvisada, seria de confianza.

Las saltatrices debían asistir de traje blanco no descotado...

Apenas si se las autorizaba llevar una flor en sus cabellos.

Á la juventud masculina se le dispensaba el frac negro y la corbata blanca.

En cuanto á los papás y mamás, despues de haber introducido á sus hijas en el salon de baile, y de haberlas confiado á la señora Desvignes, se les invitaba muy graciosamente, en vista de la exigüidad del local á ir á *formar museo de antigüedades* en la galería que domina al mar.

Estas prescripciones fueron cumplidas casi.

Un jueves de agosto, en una hermosa y ardiente velada, una cincuentena de bañistas de uno y otro sexo, venidos de todos

los ámbitos del Pouliguen y de Painchâteau, tomaron posesion del chalet Desvignes.

La señorita María de Rioux, una de las primeras invitadas á la fiesta, habia manifestado gran deseo de asistir á ella, y su tio, á pesar de su rigidez de principios, no creyó deber privarla de este gusto.

Habíala confiado á la señora d'Aubier la cual resignóse á asistir á la *soirée* para complacer á su nuera en ciernes y sobre todo para procurarle la ocasion de verse con Luciano.

María de Rioux se habia conformado en un todo á las leyes suntuarias promulgadas por la señora Desvignes.

Llevaba el clásico vestido blanco sin descote, sin bordados, sin festones.

Los únicos atavíos que se permitiera consistian en un pequeño ramillete de florecitas del campo en sus bellos cabellos negros, y una ancha cinta escocesa que, despues de ceñir su talle, formaba un nudo por detrás, viniendo á caer á lo largo de la falda.

Estaba adorable en tan sencilla y fresca *toilette* y Luciano, testigo del efecto que la jóven producía en todos los presentes, no podia menos que admirarla y sonreírle.

Ornado, á pesar de las prescripciones, con el frac negro y la corbata blanca oficiales, y sentado en la galería, junto á su madre, porque, en su calidad de magistrado, no creía deber mezclarse á los grupos de los danzantes, decíase, contemplando á la señorita María de Rioux, que tal era en verdad la mujer que le convenia.

A su lado, su vida trascurriría honrada, tranquila y plácida.

María llegaría á ser una adorable madre de familia, como sería también una esposa modelo.

Sus nacientes gracias, su belleza apenas bosquejada, su encanto todavía en estado de croquis dibujaríanse y se acentua-

rian en breve, y el verano, próximo ya, realizaria todas las promesas de tan deliciosa primavera.

De improviso, durante un rigodon, prodújose una especie de conmocion en la sala y los ojos todos dirijiéronse hácia la puerta de entrada.

Acababa de llegar la señorita Berard, y se adelantaba dando el brazo á Desvignes, y seguida por su padre.

Todas las muchachas, despues de haber escudriñado con rápida ojeada su *toilette*, pusiéronse á cuchichear entre ellas.

Algunas hicieron una mueca de disgusto.

Otras manifestaron su descontento por frases á media voz pronunciadas.

Y era que la señorita Berard, despues de haber prometido conformarse al reglamento, lo habia infringido.

En lugar de vestir el traje blanco de uniforme, enarbolaba descaradamente un vestido de tul negro.

Varias ramas de serbal roji-vivo realzaban su basquiña, y ornaban su corsé y sus cabellos.

Una ámplia cinta, del mismo matiz que el serbal, ceñía su talle.

En fin ¡detalle increíble!

Osaba presentarse descotada.

Empero, si bien las solteras y las madres de familia clamaban ¡traicion! los solteros y los casados no parecían escandalizarse ni poco ni mucho.

En las miradas que dirijian á la bella Diana, leíase cosa muy diferente que reproches.

Parecían agradecerle que hubiese venido á dar relieve y tono á aquella *soirée* de colorido asaz blando.

Y Closel, inclinándose al oído de uno de sus vecinos, decíale:

«Una reina faltaba en la fiesta; ¡hedla aquí!»

En efecto, Diana Berard era sin disputa la reina de todas aquellas jóvenes.